

EN TORNO AL  
VATICANO II:  
CLAVES HISTÓRICAS,  
DOCTRINALES  
Y PASTORALES

Edición dirigida por  
Antonio Aranda, Miguel Lluch  
y Jorge Herrera

## ÍNDICE GENERAL

<b>Presentación.</b> Antonio ARANDA .....	11
---	----

### I EL CONCILIO *IN FIERI*

Jean-Dominique DURAND. La Iglesia en la que vio la luz el Concilio ..	27
Pablo PÉREZ. El mundo en que vio la luz el Concilio .....	47

### II EL CONCILIO DESDE DENTRO

Alexandra VON TEUFFENBACH. Algunas figuras significativas del Concilio .....	71
Mons. Francisco GIL HELLÍN. Momentos singulares del <i>iter</i> conciliar .	99

### III UNA RELECTURA TEOLÓGICA DEL CONCILIO

Philip GOYRET. Naturaleza pastoral-doctrinal del Vaticano II .....	119
Mons. Pierangelo SEQUERI. Principales claves teológicas del Concilio .	137
Mons. Pedro RODRÍGUEZ. El ministerio petrino en la comunión de la Iglesia .....	151

**IV  
DOS ASPECTOS CENTRALES  
DEL DINAMISMO RENOVADOR DEL CONCILIO**

Martin RHONHEIMER. La doctrina del Concilio sobre la libertad religiosa .....	171
Antonio ARANDA. La llamada universal a la santidad en la Iglesia .....	189

**V  
PARA UNA HERMENÉUTICA DEL CONCILIO VATICANO II**

Francesco S. VENUTO. Desde 1965 hasta el Sínodo de Obispos de 1985 .....	217
Mons. Gabriel RICHI ALBERTI. Desde 1985 hasta Benedicto XVI y la hermenéutica de la reforma .....	243

**VI  
LA SAVIA CONCILIAR EN LA VIDA DE LA IGLESIA**

Mons. Juan Miguel FERRER GRENECHE. La renovación litúrgica .....	273
Mons. Juan Ignacio ARRIETA. El Código de Derecho Canónico de 1983 .....	303
Mons. Celso MORGA. El <i>Catecismo de la Iglesia católica</i> : entre historia, actualidad doctrinal y aplicación pastoral .....	325

**VII  
EL VATICANO II EN LA IGLESIA DEL SIGLO XXI (1)**

*Mesa redonda sobre diálogo ecuménico*

José Ramón VILLAR. Dimensión ecuménica del Vaticano II .....	341
Gunther WENZ. El Vaticano II desde una perspectiva luterana .....	351
Nicu DUMITRAȘCU. El Vaticano II desde una perspectiva ortodoxa .....	359

**VIII**  
**EL VATICANO II EN LA IGLESIA DEL SIGLO XXI (2)**

*Mesa redonda sobre fe cristiana y sociedad civil*

Alejandro LLANO. Cultura y justicia social en la sociedad contemporánea según el Vaticano II .....	385
Rafael NAVARRO-VALLS. El dinamismo apostólico personal del fiel cristiano .....	395
Consuelo LEÓN y Nuria CHINCHILLA. La conciliación trabajo y familia a la luz del Vaticano II .....	415
María Pilar DEL RÍO. Vaticano II, nueva evangelización y acción eclesial de los fieles laicos .....	435

**IX**  
**REFLEXIONES SOBRE ALGUNOS PUNTOS RELEVANTES**

Eduardo BAURA. Las raíces conciliares de las prelaturas personales .....	455
Giuseppe TANZELLA-NITTI. La visión de la cultura científica en el Vaticano II .....	479
Mons. José Luis ILLANES. La formación teológica de los candidatos al sacerdocio .....	495
Augusto SARMIENTO. El capítulo «De dignitate matrimonii et familiae» de <i>Gaudium et spes</i> .....	509
Leo ELDERS. Fe, pensamiento y cultura en <i>Gaudium et spes</i> .....	535



# EL MUNDO EN QUE VIO LA LUZ EL CONCILIO

**Pablo Pérez López**

*Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Navarra  
Pamplona*

## 1. INTRODUCCIÓN

Corresponde aquí trazar una panorámica de la situación mundial en los años del Concilio Vaticano II, dicho de otra forma, decir algo de lo que podríamos llamar el poder terrenal en ese tiempo, ya que esa suele ser la circunstancia más relevante cuando se mira nuestro pasado desde el punto de vista de la historia general.

Comencemos por algunos datos básicos: cuántos eran y dónde estaban los hombres y mujeres de aquel tiempo. El número de habitantes del planeta se estima que pasó de unos 3.000 millones a 3.300 entre 1960 y 1965. A mediados de esa década la tasa media de crecimiento anual tocó el que hasta hoy es su techo histórico, alcanzando valores de alrededor del 2%.

El reparto de la población, según los datos que ofrecía la ONU, era el siguiente: Asia era el continente más poblado, con 1.830 millones de habitantes (el 55,5% del total), le seguían igualados América, con 460 millones y Europa con 445 (14 y 13,5% respectivamente), luego venía África con 311 millones (un 9,4% del total), la URSS, que figura separada en las estadísticas de este organismo, contaba 231 millones (7%), y Oceanía 17 (0,5% del total).

Para apreciar mejor lo que esos datos significan conviene compararlos con su evolución posterior. Hacia 2010 el continente más poblado seguía siendo Asia con un 60% del total, pero el segundo era entonces África con un 15%, similar al americano y europeo de mediados de los sesenta. América había caído ligeramente en su peso relativo hasta un 13,5%, y Europa severamente, bajando al 9,1%. La población de Oceanía ha mantenido un peso relativo casi invariable en estos años.

Basta ese dato para poner de relieve dos hechos fundamentales de nuestra historia reciente: ha sido el escenario del final del predominio

europeo en el mundo y el punto de inflexión de un tiempo de expansión demográfica que se ha ralentizado.

Otro elemento esencial para entender el mundo de esos años es la transformación de las comunicaciones. Los años sesenta son los de generalización de la televisión como medio de comunicación, con la única excepción del continente africano y algunos lugares de Asia; y fueron también de intenso crecimiento del turismo y de los transportes internacionales, entre los que destacan los realizados por aire, otra novedad del siglo que empezaba a popularizarse.

En conjunto, los cambios vividos durante el siglo XX y, especialmente, tras la Segunda Guerra Mundial, parecían confirmar la tendencia a una unificación y sincronización del acontecer mundial, con el consiguiente creciente protagonismo de las relaciones internacionales. Este hecho hace aconsejable comenzar nuestra aproximación por este capítulo.

## 2. LA SITUACIÓN INTERNACIONAL

Dos grandes hechos políticos dominan la escena mundial después de la Segunda Guerra Mundial: la descolonización y la guerra fría. Los dos hacen referencia implícita a un hecho mencionado ya: el declive de Europa. Descolonización es tanto como decir pérdida del poder por parte de los europeos en los territorios de ultramar, si no en todos, en casi todos y desde luego cada vez en más. Esos viejos imperios en retirada dejaron un vacío que fue llenado por los nuevos países independientes, candidatos a entrar en la esfera de influencia de las nuevas superpotencias, los Estados Unidos y la Unión Soviética, que estaban construyendo sus nuevos imperios, aunque se evitara emplear esa terminología y se prefiriera el neologismo «bloques» que tenía también algo de eufemismo.

Puede dar idea de la intensidad del proceso descolonizador que entre el año del anuncio de convocatoria del concilio, 1959, y el de su comienzo, 1962, alcanzaran la independencia 21 nuevos países, antiguas colonias de Francia, Reino Unido, Bélgica e Italia. Es decir, una media de siete nuevos países al año. Durante el Concilio, entre 1962 y 1965, culminaron 17 nuevas independencias, más de cuatro cada año como media. Esos 38 nuevos países eran predominantemente africanos (31), pero había también americanos (Jamaica, Trinidad y Tobago y Belice), asiáticos (Malasia, Maldivas y Singapur), y de Oceanía (Samoa).

El evidente retroceso del poder europeo en el mundo hacía lógico un replanteamiento del papel de Europa en el concierto internacional, que influyó en las relaciones entre los países europeos y sus antiguos territorios coloniales. Ahora bien, el fin de la dependencia política no

significaba el fin de las relaciones, ni tampoco el fin de la dependencia. En muchos sentidos la dependencia continuó, o fue sustituida por una nueva, esta vez con alguna de las superpotencias. En materia cultural, y en particular en el dominio religioso, esto tenía resonancias especiales. El cristianismo había llegado a muchas de esas colonias de la mano de misioneros que procedían de la metrópoli colonial que les había gobernado políticamente. Ahora la independencia política parecía llamar a alguna suerte de autonomía religiosa. De hecho, se ha advertido que algunos padres conciliares venidos de las excolonias, en un primer momento mantuvieron distancias con respecto a la llamada «Alianza europea», por ejemplo los países africanos francófonos. Algo similar ocurrió con los hispanoamericanos, que finalmente apoyaron a los europeos, en particular a los alemanes, agradecidos por la ayuda que les prestaban desde organizaciones como *Adveniat*<sup>1</sup>.

En definitiva, como ocurrirá especialmente en materia cultural, continuaron los vínculos con las viejas metrópolis por parte de antiguos territorios dependientes, y la cultura y estándares de vida de los nuevos países fueron tributarios de la influencia de las formas de hacer en Europa, que siguieron considerándose un modelo.

Hay otro aspecto que conviene mencionar respecto a los europeos en estos años: el final de la década de los cincuenta fue escenario de varios hechos que evidencian un cambio en la manera en que los europeos se veían a sí mismos. Mencionemos en primer lugar el episodio de Suez en 1956. Tras la nacionalización del canal por el presidente egipcio Gamal Abdel Nasser, el Reino Unido y Francia acordaron secretamente con el Estado de Israel un movimiento militar que culminaría con la intervención franco-británica en el canal. Las tropas europeas, en efecto, llegaron a operar sobre el terreno, pero por poco tiempo. Los Estados Unidos y la Unión Soviética, por primera vez desde el comienzo de la guerra fría, estuvieron de acuerdo en pedir a los europeos que salieran de Egipto. Era difícil simbolizar mejor los nuevos tiempos en relaciones internacionales<sup>2</sup>.

Como para confirmarlo en ese mismo momento un levantamiento popular en Hungría había conseguido sacudirse el yugo soviético y pedía ayuda internacional, especialmente europea, para salir de la órbita comunista y entrar en el mundo libre. La respuesta europea, y americana, fue dejar hacer a los soviéticos, que aplastaron la rebelión ahogándola en sangre<sup>3</sup>.

1. Cfr. MORALES, José, *Breve historia del Concilio Vaticano II*, Madrid: Rialp, 2012.

2. Cfr. VEIGA, FRANCISCO, UCCELAY DA CAL, ENRIQUE, DURARTE, ÁNGEL, *La paz simulada. Una historia de la Guerra Fría. 1941-1991*, Madrid: Alianza Editorial, 2006, 113-125.

3. Cfr. ZUBOK, Vladislav M., *Un imperio fallido. La Unión Soviética durante la Guerra Fría*, Barcelona: Crítica, 2008, 184-194.

Europa ya no era dueña de los destinos del mundo, como se había demostrado en Suez, pero tampoco de los de ella misma, como demostraba Hungría. Había que volver a pensar Europa y el mundo en esas circunstancias, reconocer los errores cometidos y emprender una renovación. No solo la reconstrucción de posguerra, que en eso ya estaban, sino una renovación del proyecto o proyectos europeos, en su idea y en sus pretensiones.

Estas circunstancias explican, por ejemplo, que al año siguiente el impulso del proyecto europeísta nacido del plan Schuman en 1950 y de la CECA como institución, se fortaleciera y ampliara con dos nuevas comunidades: la Económica Europea y la de la Energía Atómica. Las tres fueron el objeto de los tratados de Roma firmados en 1957 para reformar o fundar esas Comunidades Europeas. El eje político sobre el que se apoyaba la construcción era fundamentalmente francoalemán, algo que puede arrojar también alguna luz sobre la historia del Concilio, pero que habla sobre todo de cómo habían cambiado las cosas en Europa y de cómo habitaba el continente la idea y la sensación de que era preciso hacer algo nuevo, rehacer Europa, a fondo, desde sus cimientos, para preparar un futuro diferente que evitara los penosos errores pasados pagados a tan alto precio.

Un tercer hecho significativo de aquellos años fue el congreso del Partido Socialdemócrata Alemán (SPD) celebrado en Bad Godesberg en 1959. Allí se decidió que la formación política abandonara su ideología marxista y estructura de partido obrero para transformarse en un movimiento «amplia base». También se abandonó el neutralismo como divisa para la política exterior y se asumió que la pertenencia de la RFA a la OTAN era un hecho positivo y deseable. Era el final de cierta Alemania de posguerra.

Pero el hecho más espectacular en este ámbito de las relaciones internacionales tuvo lugar justamente recién iniciadas las sesiones del Concilio. En el mismo momento en que los padres conciliares decidían que los esquemas de constituciones y decretos eran inapropiados y se pedía al papa Juan XXIII que se pospusiera su examen y se comenzara por discutir la Constitución sobre la liturgia, comenzaba lo que pasaría a la historia como la crisis de los misiles de Cuba. El 14 de octubre el vuelo de un avión espía U2 norteamericano recogía evidencias sobre la presencia de misiles nucleares en la isla de Cuba. Al día siguiente se desencadenaba una crisis internacional que colocó al planeta al borde de la guerra nuclear. Era el mismo momento en que Juan XXIII decidía cambiar el plan de trabajo del aula conciliar y comenzar discutiendo el esquema de la Constitución sobre liturgia. Así fue como, mientras los padres conciliares vivían la primera sesión de la asamblea, las fuerzas



armadas norteamericanas alcanzaron el grado de alerta máximo que han vivido después de la Segunda Guerra Mundial<sup>4</sup>.

Los sucesos de Cuba tuvieron importantes consecuencias en el ámbito internacional, quizá especialmente en Europa, donde algunos líderes como De Gaulle se preguntaron si era razonable que el aliado americano colocara a sus aliados europeos ante un peligro de guerra nuclear sin consultarles. Desde luego, era un índice de hasta qué punto habían cambiado las cosas en el equilibrio de fuerzas en el mundo y de los nuevos riesgos a que se enfrentaba la humanidad.

Contemporáneo a los sucesos cubanos se desarrollaba otro conflicto vinculado a la guerra fría que iba a terminar en tragedia. Francia se había retirado de Indochina en 1954 tras firmar los acuerdos de Ginebra que habían puesto fin a la llamada primera guerra de Indochina. En ellos se reconocía la independencia de Camboya, Laos y Vietnam, este último dividido en dos por una línea de demarcación militar situada en el paralelo 17. En teoría un referéndum supervisado por la ONU decidiría sobre la definitiva división del país o su unificación una vez terminado el enfrentamiento militar. Pero esto no llegó a ocurrir nunca: los norvietnamitas, bajo un régimen marxista respaldado por China, siguieron apoyando a las guerrillas comunistas del sur, lo que generó una reacción norteamericana que se convirtió en una trampa. La administración estadounidense concluyó que debía establecer en Vietnam una línea de resistencia al avance comunista para evitar un efecto dominó que entregara el continente entero en manos comunistas. Su complejo de superioridad les hizo creer que bastaba desearlo para conseguirlo. El apoyo a Vietnam del Sur y a Laos fue primero político y económico y muy pronto implicó acciones de la CIA bajo la cobertura de asesoramiento especializado. La torpeza con que se condujeron frecuentemente no contribuyó a mejorar la situación, que se convirtió en una escalada de despropósitos y violencia. El asesoramiento militar y las actividades de la CIA fueron cada vez más numerosas en la región, y llegaron al extremo con la colaboración en un golpe militar para derrocar al que había sido primer ministro hasta 1963: en noviembre de ese año, el hombre que habían apoyado hasta entonces murió asesinado por golpistas que contaban con la aquiescencia de Washington. El golpe de timón militar no arregló las cosas. En 1964 un incidente naval sirvió para justificar el comienzo de las operaciones aéreas norteamericanas sobre Vietnam del Norte. En 1965 se desencadenaron operaciones de bombardeo masivo americanas sobre Vietnam del Norte a partir de

4. Cfr. LEFFLER, Melvyn P., *La guerra después de la guerra: Estados Unidos, la Unión Soviética y la Guerra Fría*, Barcelona: Crítica, 2008, 196-204.

febrero, y un mes más tarde desembarcaron los primeros marines para combatir en tierra<sup>5</sup>.

Otros graves acontecimientos que afectaron a las superpotencias durante el Concilio están de algún modo relacionados con sus relaciones exteriores: en noviembre de 1963, mientras se celebraba la segunda sesión del Concilio, el presidente Kennedy fue asesinado en Dallas. En octubre de 1964, durante la tercera sesión del Concilio, una reunión del Politburó soviético removió de su puesto al frente de la Unión Soviética a Nikita Jruschov. Leonidas Brezhnev le sustituiría al frente del partido y, por tanto, del país. La sola mención de los dos hechos y su coincidencia con las reuniones conciliares permite percibir la sensación de intenso cambio histórico que se vivía en aquellas fechas.

### 3. LA VIDA EN EL GIGANTE NORTEAMERICANO

Aunque existieran proyectos de renovación europea, por intensos que fueran, la realidad mostraba que el liderazgo del mundo, especialmente del mundo libre, estaba cada vez más en manos de los norteamericanos. Desde luego lo estaba en términos de cultura material: la economía tenía su centro de gravedad en la producción, el comercio y las finanzas de los Estados Unidos. Pero también la vida científica, artística y literaria empezaban a girar en la órbita norteamericana, sobre todo en las capas más populares. Los estándares de vida aspiraban a imitar el modelo americano, con los automóviles y electrodomésticos como elementos que fundamentaban un nuevo modo de vida. Música y cine eran también los protagonistas del entretenimiento renovado de la sociedad de consumo, y tenían en las modas americanas su punto de referencia. Hasta Los Beattles, otro fenómeno contemporáneo al Concilio, debieron pasar por una gira en los Estados Unidos para triunfar mundialmente. Pero es que en ciencia sucedía lo mismo. Desde 1945 el número de premios Nobel que trabajaban en universidades de los Estados Unidos no dejaba de crecer, mientras que los que lo hacían en centros superiores de la Europa continental menguaban.

Quizá baste con esas menciones para justificar que nos ocupemos ahora de lo que se vivió en los Estados Unidos en los años que nos interesan. Una de las monografías de referencia sobre el periodo, la de James T. Patterson, lleva un significativo título: *Grand expectations. The United States 1945-1974*<sup>6</sup>. Los treinta años posteriores a la Segunda

5. Cfr. DROZ, Bernard y ROWLEY, Anthony, *Histoire générale du XXe siècle. 3. Expansion et indépendances. 1950-1973*. Paris: Seuil, 1987, 458-468.

6. New York: Oxford University Press, 1996.

Guerra Mundial fueron vividos con la esperanza de conquistar cada día un futuro mejor. Esto fue así desde el punto de partida, cuando se pretendía dejar atrás los tiempos de la gran depresión y la guerra de forma definitiva para conquistar un futuro diferente, en el que nunca más se pasara hambre o necesidad ni injusticia, una sociedad de la abundancia que fuera, además, líder benéfico del mundo.

El punto de partida que fundamentaba esas convicciones era la tradición del destino manifiesto norteamericano, una especie de convicción de ser la nación elegida por Dios, reforzada y reformada por lo que habían vivido en la Segunda Guerra Mundial. Las maravillas tecnológicas y científicas que les habían llevado a la victoria militar –y económica–, incluidas las bombas atómicas, deberían llevarlos también a imponerse sobre los viejos enemigos de los hombres: la enfermedad, la ignorancia, la pobreza, la desigualdad, la injusticia. Así se abordaba la cuestión, explícitamente, en una carta del presidente Roosevelt al hombre que había estado al frente del proyecto científico para fabricar la bomba atómica y que gobernaba el impulso político de la ciencia en América, Vannevar Bush. La respuesta de Bush al presidente llevaba el significativo título de *Science, the endless frontier*. El progreso científico y técnico abrían el camino a una expansión sin límites del bienestar y la mejora de la calidad de vida<sup>7</sup>. Había nacido una nueva fe, de matriz materialista, aunque de momento fuera difundida en un país donde la religión tenía enorme aceptación.

Los años cuarenta y cincuenta fueron de esfuerzos serios y trabajo duro, pero parecieron confirmar las grandes expectativas suscitadas por la victoria. La riqueza y el bienestar crecieron de forma impresionante y casi generalizada, la sociedad de consumo, del bienestar y del entretenimiento parecía no conocer obstáculo que no pudiera superar. Se miraba al presente con complacencia y al futuro con optimismo. Al menos en general así eran las cosas, aunque no faltaran sombras ni críticas al modelo americano de vida.

Por cierto, en ese ambiente, culturalmente el catolicismo estaba mal visto. Un libro netamente anticatólico, un *best-seller* en los finales cuarenta, sostenía que el catolicismo era contrario a la democracia.

«Anti-Catholic feelings remained strong. Paul Blanshard's polemically anti-Catholic *American Freedom and Catholic Power* (1949) was a best-seller for six months. It attacked the Catholic Church for what Blanshard

7. Cfr. BUSH, Vannevar, *Science. The endless frontier. A report to the president*, Washington: United States Government Printing Office, 1945. PÉREZ LÓPEZ, Pablo, «La ciencia como solución sin límites. El informe Bush (1945)», en: *Life and the sacred*, Hildesheim-Zürich-New York: Georg Olms Verlag, 2012, 185-193.

considered its support of reactionary governments, its repressive attitude toward questions of personal morality, and its hierarchical organization, all of which Blanshard said were intrinsically un-American. Blanshard focused especially on the inflammable contemporary issue of state aid to parochial schools, which the Supreme Court upheld by a 5-to-4 decision in 1947»<sup>8</sup>.

Pero, en general, la religión tenía una alta aceptación social y desempeñaba un papel relevante en la cultura del país. Hay otro dato interesante sobre esta cuestión en el texto de Patterson:

«These people inhabited an increasingly secular world in which theological dictates carried less weight than in earlier generations but in which church membership was nonetheless increasing, from 49 percent of the population in 1940 to 55 percent in 1950 (and to an all-time high of 69 percent by 1959)»<sup>9</sup>.

Llama la atención que el autor afirme que se trata de una época de creciente secularización cuando crece la adhesión a las iglesias, es decir, en contra de las declaraciones de los encuestados que acaba de citar. El postulado de que los enunciados de la teología fueran menos seguidos no está basada en dato alguno sino en la lisa y llana interpretación del autor. Este hecho es un buen retrato de la evolución cultural vivida en estos años, que habita en la mayor parte de los historiadores de su generación: el avance de la historia es un avance secularizador, *tiene que serlo*, no lo contrario.

Pero volvamos al ambiente general. La visión idealizada de los años cincuenta es en parte fruto de análisis de quienes detestaron el cambio de los sesenta, y genera también un sesgo en la visión que podría ocultar realidades interesantes. Ciertamente, la moralidad de las costumbres en los cincuenta, si se compara con la siguiente, fue recatada, pero la aparición de publicaciones como *Playboy* en los quioscos data de 1953, las dificultades personales y sociales no eran inexistentes —especialmente para los grupos menos favorecidos— y los años finales de la década fueron testigos de un cambio de indudable relieve.

Los años 1957 a 1960 fueron escenario del crecimiento de un descontento cultural que ponía en entredicho los estándares de la clase media americana del momento. La llamada generación *beat* de escritores fue quizá su más señalada representante. Su estilo rupturista y transgresor y la idea de que era preciso encontrar nuevos caminos para salir

8. PATTERSON, James T., *Grand expectations*, op. cit., p. 17.

9. *Ibíd.*

de un modo de vida hipócrita y vacío fueron compartidos por sectores cada vez más amplios, sobre todo entre las minorías ilustradas y las generaciones jóvenes. Algunos llaman a este fenómeno la revolución de las expectativas, ya que cabe verlo como una nueva vuelta de tuerca en la aspiración a la sociedad perfecta que se había asentado en el imaginario norteamericano tras la guerra. Solo que ahora el afán de cambio llegaría cargado de una furia iconoclasta que denunciaría algunos de los estándares tenidos por virtuosos en años anteriores.

Cabría resumir el fenómeno diciendo que la constatación de la pervivencia de lacras sociales y morales en su sociedad, la más rica y poderosa del mundo, llevó a algunos a denunciar como hipócrita la actitud de quienes no se empeñaban en eliminarlas. Porque seguía habiendo mucha discriminación racial en Estados Unidos, y había pobreza, y marginación, y corrupción política y opresión en su política exterior, y doblez en las costumbres, y una insoportable sensación de aburrimiento y falta de autenticidad en la vida de muchos, y una economía que precisaba reformas, y la necesidad de una mayor autenticidad e igualdad. Todas esas denuncias de los críticos, basadas en hechos constatables, fueron adquiriendo tonos más altos a finales de los cincuenta, y aunque pareciera que la sociedad continuaba cohesionada, una gran fractura y polarización se iba abriendo camino.

La palabra estandarte del nuevo pensamiento fue *alternativo*. Y su gesto por antonomasia: la rebeldía, a ser posible provocativa y ruidosa. Cabría resumir así la nueva actitud: había otro camino más auténtico hacia el paraíso americano, y la nación más poderosa del mundo podía y debía andarlo. No se negaba la posibilidad de construir un mundo perfecto, lo que se negaba es que coincidiera con lo que se estaba haciendo. Debía hacerse de otra forma, y era preciso ponerlo de relieve cuanto antes. Había que liberarse de los falsos miedos con que una moral pacata e hipócrita había encorsetado la vida de las personas. Había llegado la hora de la autoliberación de los norteamericanos. La auténtica y definitiva.

El uso de drogas, la llamada a la rebelión y a una especie de apocalipsis que permitiera alumbrar el nuevo mundo deseado fueron el mensaje de la nueva literatura y la nueva música, y sus autores o intérpretes lo llevaron a la práctica en sus vidas. El cine siguió en esto a la novela, que había comenzado a explorar una nueva manera de hablar del sexo, provocadora y ajena a cualquier contención. En 1956 *Baby Doll* (Elia Kazan) fue calificada por *Time* como «just possibly the dirtiest American-made motion picture that has ever been legally permitted»<sup>10</sup>. No hizo

10. *Ibíd.*, 359.



falta esperar mucho para que se proyectaran imágenes que abundaban en esa línea: la literatura sexual más barata fue llevada al cine, y a fines de la década también temas más controvertidos como la homosexualidad, el aborto, o el amor entre personas de diferente raza<sup>11</sup>. Ayuda a entender la complejidad del problema recordar que la primera vez que se vio a un hombre negro abrazar a una mujer blanca en una película estadounidense fue en 1957<sup>12</sup>.

Con todo, esto no era más que un prelude de lo que se iba a vivir en los años sesenta: un auténtico maremoto sacudió la cultura americana, una auténtica revolución de las expectativas, que abogaba por un cambio del horizonte de mejora al que se aspiraba, de la frontera social y su imaginario.

Nos tendremos que conformar aquí con mencionar los grandes capítulos de esa sacudida<sup>13</sup>. En primer lugar la intensificación de la lucha por los derechos civiles y por el reconocimiento efectivo de los negros en todo el país. Martin Luther King Jr. y su famoso discurso *I have a dream* data precisamente de agosto de 1963, en vísperas de la segunda sesión conciliar. Desgraciadamente, aunque se avanzó en esta materia en esos años, fueron también tiempos de confrontación racial violenta que costó la vida a no pocas personas, y los avances fueron en algunas zonas muy limitados.

A continuación, la lucha contra la pobreza, en el propio país y en el mundo. Se consideraba escandaloso que quien parecía haber dado con el camino mágico para generar recursos sin fin siguiera albergando en su seno bolsas de miseria y permitiendo, o incluso provocando, la muerte o la enfermedad por falta de alimentación de millones de personas en el mundo.

También fue objeto de crítica y reivindicación el modelo económico, acusado de desatender la dimensión humana de los trabajadores, atento solo a la producción y al beneficio en términos de capital. Desde

11. Cfr. «Francis Cardinal Spellman of New York was so incensed that he took to the pulpit of St. Patrick's Cathedral, for the first time in seven years, in order to denounce it. Catholics who saw this «evil» and «revolting» film, the cardinal proclaimed, would do so under «pain of sin.»

»Not even the Holy Mother Church could stem the tide, however. The Code, cut adrift under the rush of cultural change, gradually lost its force. Elizabeth Taylor, like Baker and Monroe, began to star in films that showed a good deal more female flesh than a few years earlier. The studios moved quickly to cash in on sexy books, putting out poorly made movie versions of Peyton Place, Lolita, and Lady Chatterley's Lover before the decade was out. They also began—very gingerly—to handle other controversial subjects: miscegenation in *Island in the Sun* (1957), homosexuality in *Compulsion* (1958), and abortion in *Blue Denim* (1959)». *ibíd.*

12. Cfr. *ibíd.*, 17, 27.

13. Cfr. *ibíd.*, 442 y ss.

el diseño de las empresas al de las ciudades, todo se puso en cuestión para pedir una economía alternativa a medida verdaderamente humana.

La preocupación por el medio ambiente y las consecuencias negativas del modo de producción industrial se abrieron rápidamente camino en la agenda política del momento. Ya no era solo cuestión de producción sino de conservación y respeto del medio, de una nueva mentalidad frente a la naturaleza.

Quizá uno de los terrenos de denuncia más dura y radical fue en el del papel de la mujer en la vida social. La obra de Betty Friedan *The feminine mystique*, publicada en 1963, puso en cuestión la idea hasta entonces predominante de la mujer esposa y hogareña, más adorno y apoyo que protagonista, y reivindicó una nueva posición social para las mujeres que iba de la mano de un feminismo que empujaba a la equiparación con lo masculino, también en el terreno sexual.

La química se alió en este terreno con la ideología, y en 1960 se aprobó la puesta a la venta de la primera píldora anticonceptiva, que se entendía que iba a permitir un comportamiento sexual de las mujeres separado del horizonte de la maternidad. Justo el paralelo del que se entendía, seguramente con razón, que era común a muchos hombres.

No es exagerado afirmar que el cambio cultural más claro que se operó entonces fue el experimentado por la conducta sexual de los jóvenes de aquellos años. En palabras de un estudio contemporáneo centrado en este aspecto, lo vivido a mediados de los sesenta fue «*perhaps the greatest transformation in sexuality [the United States] had ever witnessed*»<sup>14</sup>. La escenificación del cambio tuvo como escenario privilegiado el modo de vida en los campus universitarios, en unos años en que la población estudiante había crecido de forma intensa, y se proclamó como estandarte de esa generación con motivo de la celebración de grandes conciertos como el de Woodstock, todo un símbolo del movimiento contracultural.

Justo un año después del famoso discurso de Martin Luther King en Washington, el 28 de agosto de 1964, Bob Dylan hizo probar por primera vez marihuana a Los Beatles. Es un hito de otra clase, pero significativo e influyente para esa generación y las siguientes. Las drogas eran un buen atajo para divisar la nueva tierra prometida, incluso para pisarla durante algún tiempo, y su uso era por tanto legítimo y deseable. Lo verdaderamente alienante eran otros comportamientos.

Para terminar con el retrato de la contracultura emergente en los sesenta, vale la pena mencionar otro fenómeno poco estudiado pero de

14. *Ibid.*, 448.

singular importancia para el éxito de las nuevas tendencias: la actitud de los medios de comunicación, y especialmente de la publicidad, ante el fenómeno. La publicidad sirve de nexo entre el mundo de la producción y el mercado y el de la comunicación y la imagen. Cobró una especial importancia durante la expansión de la sociedad de consumo y del bienestar por razones obvias, hasta el punto de hacerse responsable de la generalización de la implantación o del deseo de determinados bienes y servicios y de cierto estándar de vida. Pues bien, la industria publicitaria experimentó un interesante cambio a finales de los años cincuenta y comienzos de los sesenta. El fenómeno ha sido bien estudiado por Thomas Frank en su obra *La conquista de lo cool. El negocio de la cultura y la contracultura y el nacimiento del consumismo moderno*<sup>15</sup>. La cuestión clave puede formularse así: ¿cómo es posible que la pretendida revuelta contra el apoltronamiento materialista condujera a un materialismo todavía más intenso? La respuesta es que cuando se considera la cultura comercial, o «capitalista», como opuesta a la contracultura o cultura alternativa se está cometiendo un grave error. No fue tal. Al contrario, la revolución del mundo de la empresa anticipó los valores de la contracultura, y encontró en ella un aliado formidable para alcanzar su objetivo número uno: vender más. Como se escribió en 1967: «... después de despreciar los valores de la clase media, los hippies los disfrutaban sin sentirse culpables»<sup>16</sup>. Los vendedores lo comprendieron pronto.

«El inconformismo, el estilo oficial del capitalismo»<sup>17</sup>, es una de las frases brillantes de la obra de Frank. La evocación del título de la obra de Lenin lo podría convertir casi en un mantra histórico. Lo mejor es que el concienzudo análisis de Frank lo demuestra verdadero: a mediados de los sesenta los empresarios buscaban una manera de reorganizar la empresa y dinamizar las ventas. Hacía tiempo que la teoría empresarial dominante, basada en la programación de objetivos, en la jerarquización y en métodos de planificación del trabajo al estilo taylorista estaban mostrando su agotamiento. Hacía falta un cambio que trajera oxígeno a la vida de unas empresas que se estaban esclerotizando en un modelo que si tuvo éxito años atrás ya no lo tenía tanto y podía entrar en picado pronto.

Los publicistas eran quizá uno de los grupos más sensibles a esta necesidad de cambio, querían liberarse de un sistema de trabajo cargado de limitaciones... y cuando lo encontraron resultó que sus hallazgos

15. Barcelona: Alpha Decay, 2011. La edición original norteamericana es de 1997.

16. La frase es del novelista y publicista Earl Shorris. Cfr. FRANK, Thomas, *La conquista de lo cool. El negocio de la cultura y la contracultura y el nacimiento del consumismo moderno*, Barcelona: Alpha Decay, 2011, 66.

17. *Ibíd.*, 359.

venían como anillo al dedo a las tendencias inconformistas que triunfaron poco más tarde. Lo de más tarde es importante: «La revolución del mundo de la empresa, lejos de oponerse a la mayor revolución social que se produjo en aquella época, corrió paralela –y en algunos casos de hecho se anticipó– a los impulsos de los nuevos valores con que se suele relacionar la contracultura»<sup>18</sup>.

Los jóvenes del 68 no eran antimaterialistas, sino que «la generación de la protesta alcanzó la mayoría de edad como una generación de superconsumidores»<sup>19</sup>. Eso sí, en nombre de la rebeldía contra la sociedad de consumo, como la nueva publicidad se encargaba de recordarles. «Se siente marginado a causa del conformismo y la hipocresía de la sociedad de masas? ¡Tenemos un coche para usted!»<sup>20</sup>. Así de fácil.

De esta forma, el mundo de los negocios amplificó el efecto del movimiento contracultural y facilitó su asimilación en millones de personas. Es una razón más del éxito que obtuvo y del efecto social que se derivó de ello:

«As these expectations expanded, millions of Americans began not only to anticipate ever-greater social and technological progress but also to believe that they had «rights» to all sorts of blessings, including profound psychological satisfaction»<sup>21</sup>.

Con esto llegamos a otro elemento importante del cambio de los sesenta: la generalización de una difusa idea de que la realización de la utopía es un derecho, en la vida personal y en la social. Los Estados Unidos seguían teniendo derecho a ganar guerras, pero mientras que las que se libraban con armas estaban ahora en entredicho o francamente mal vistas para muchos, no ocurría así con las *guerras* contra los problemas contemporáneos, ya fuera el cáncer, la pobreza, la desigualdad racial o la discriminación sexual. Y lo mismo en la vida personal: la autosatisfacción era una necesidad y un derecho inexcusable de todos y cada uno de los ciudadanos. Como es lógico, los políticos, por más que pretendieron librar y ganar esos combates, se vieron desbordados por tal revolución de las expectativas. La frustración política tenía un motivo más para continuar con su expansión.

Para terminar con este apartado, debemos referirnos a otro aspecto importante del cambio de los sesenta, un resultado no querido por la ofensiva contracultural. Patterson lo describe afirmando que una gran

18. *Ibíd.*, 60.

19. *Ibíd.*, 360.

20. *Ibíd.*, 114.

21. Cfr. PATTERSON, James T., *Grand expectations*, 452.

parte de los norteamericanos tenía poco, cuando no nada que ver con los universitarios contestatarios, los contraculturalistas y los que protestaban contra la guerra<sup>22</sup>, y esto produjo una división en la sociedad americana. Una mayoría, en efecto, seguía acudiendo al trabajo en la confianza de mejorar su situación económica y tenía o pretendía una familia estable donde se apreciaban, vivían y transmitían los valores llamados tradicionales. Hasta en el cine esto era evidente: en 1965 las salas fueron abarrotadas por una multitud que batió el récord histórico de recaudación de un estreno. La película era *The sound of music* (*Sonrisas y lágrimas*, Robert Wise), un melodrama feliz y sentimental<sup>23</sup>. Algo parecido ocurría con la actitud ante las drogas o el feminismo radical e incluso con la oposición a la guerra de Vietnam. La ofensiva contracultural abrió así una profunda brecha separando en dos la sociedad americana con unos criterios que iban a tener eco mundial. Lo tuvieron también en el ámbito del Concilio en gran medida porque eran ya parte del universo mental de los periodistas que atendían la información sobre el evento. Por cierto, que si algo no cambió en la sociedad americana fue su apego a la religión. En 1968 se estimaba en un 43% los norteamericanos que asistían regularmente a servicios religiosos, frente al 10 y 15% de Reino Unido y Francia. No obstante, no pocos integrantes de la generación de la protesta pusieron la mirada en religiones orientales o propuestas similares de sabor a un tiempo exótico y esotérico y siempre a medida del *consumidor*.

#### 4. LA ALTERNATIVA SOCIALISTA

En el mundo alternativo socialista los cambios fueron menos intensos que en el mundo libre. El control ideológico ejercido por los Estados apenas dejaba espacio para grandes novedades, de modo que lo más importante fueron los acontecimientos políticos. La segunda mitad de los años cincuenta estuvo marcada por los efectos del llamado discurso secreto de Jruschov al XX congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética que marcó el comienzo del periodo de desestalinización. La señal fue interpretada por algunos como el comienzo de un periodo de apertura y recuperación de las libertades. No fue así exactamente y el aplastamiento de los levantamientos en Polonia y Hungría en 1956 lo demostraron con claridad. No obstante, ni el nivel de represión ni

22. Cfr. *ibíd.*, 450.

23. El estreno recaudó más de 100 millones de dólares en su estreno, batiendo el récord que hasta entonces tenía *Gone with the wind*. PATTERSON, James T., *Grand expectations*, op. cit., 453-454.



su brutalidad fueron lo mismo que en tiempos de Stalin. En la Unión Soviética, las discretas mejoras económicas permitieron que algunas familias dejaran de compartir piso con otras y eso trajo consigo un incremento de la libertad de expresión desconocido hasta entonces. La publicación en 1962 de *Un día en la vida de Iván Denisovich*, de Aleksandr Solzhenitsyn fue un hito en la apertura del sistema, pero es bien sabido hasta qué punto fue limitada su continuación: la *nomenklatura* recordó a Jruschov qué límites no debían traspasarse<sup>24</sup>. En otros ámbitos, como el religioso, la represión nunca decayó. Jruschov ordenó la demolición de cientos de iglesias por todo el país hasta dejar reducido su número a algo más de siete mil<sup>25</sup>.

Los éxitos de la patria del proletariado no iban por el lado de la libertad, sino por el de los logros técnicos y la influencia política. En lo primero el símbolo fue la delantera en la carrera espacial, con el lanzamiento del primer satélite en 1957, el exitoso vuelo del primer cosmonauta, Yuri Gagarin en 1961, y el de la primera mujer astronauta, Valentina Tereshkova, en 1963. No obstante, en el mundo de los misiles y las armas nucleares la competencia con los americanos distaba de saldarse con una neta victoria<sup>26</sup>.

Ahora bien, donde el éxito fue indiscutible fue en la influencia política en los nuevos países. El socialismo era la ideología de moda en los frentes de liberación nacional surgidos en tantas viejas colonias. Puestos a ser antiimperialistas, los nuevos políticos confiaban más en el sistema y apoyos soviéticos que en el norteamericano, que parecía una reedición de la operación colonial europea. El éxito más impresionante de estos años fue seguramente la captación del régimen castrista cubano en la órbita soviética. Ciertamente la actitud norteamericana ayudó a conseguirlo, pero hacer que el socialismo llegara a América en 1960 fue visto por muchos líderes como la confirmación de quién iba a ganar la competición por construir el mundo del futuro. Era cuestión de tiempo: el mundo caminaba hacia el socialismo.

Pero fue precisamente aquí donde se produjo una fractura que marcó la historia de los países comunistas en los años siguientes. Algo se había intuido desde que tras la muerte de Stalin, Mao se había mostrado cada vez más displicente en sus relaciones con los líderes de Moscú. El mandatario chino intentó convencer a los soviéticos de que convenía

24. Cfr. TAUBMAN, William, *Kruschev. El hombre y su tiempo*, Madrid: La Esfera de los Libros, 2005, 629-631 y 701-715.

25. Cfr. SERVICE, Robert, *Historia de Rusia en el siglo XX*, Barcelona: Crítica, 2010, 321-324 y 342-351.

26. Cfr. *ibíd.*, 328-330. También ZUBOK, Vladislav M., *Un imperio fallido*, op. cit., 199 y ss.

prolongar la guerra de Corea y utilizar armamento nuclear para ganarla, pero no lo consiguió. Al contrario, los nuevos dirigentes soviéticos promovieron el final del conflicto en 1953, lo que disgustó profundamente a Mao que lo entendió como un signo de debilidad. Si no rompió las relaciones con Moscú fue por su afán de conseguir con su ayuda el arma nuclear<sup>27</sup>.

El distanciamiento de la Unión Soviética fue creciente y tomó forma de competencia internacional cuando Mao diseñó un programa de refuerzo del poderío chino. La idea se concretó a finales de los cincuenta y dio lugar a la política llamada del Gran Salto Adelante, que perseguía reforzar la potencia industrial, sobre todo de armamento, y liberar recursos para financiar una ayuda exterior que sirviera para captar clientes en el mundo. La consecuencia para la población China fue devastadora. El plan se apoyaba en la requisita de la producción agrícola, y provocó lo que se conoce como Gran Hambruna: se estima que entre 30 y 38 millones de chinos perdieron la vida a causa del hambre entre 1958 y 1961<sup>28</sup>. Nada de esto se conoció en el extranjero gracias al férreo control de la información ejercido por Mao. Al contrario, el prestigio de China creció en estos años entre los países comunistas y en los occidentales gracias a una hábil propaganda, quizá con la única excepción de la Unión Soviética<sup>29</sup>.

Los medios para ganar influencia en el exterior consistían en facilitar armas, dinero y comida a otros países como forma de ganarse su amistad. Los preferidos de los chinos fueron Indochina en Asia, donde contribuyeron a encender la guerra en Vietnam y Laos (en buena medida para impedir ataques norteamericanos a instalaciones nucleares chinas), Argelia en África, Cuba en América y Albania en Europa. Los resultados no fueron espectaculares pero contribuyeron a inquietar a Moscú y a confirmar el clima de desconfianza entre los dos países, que de cara al mundo mantenían su alianza.

En 1959 el clima de distanciamiento tocó techo como consecuencia de un incidente relacionado con el armamento, y Jruschov ordenó paralizar la transferencia de tecnología nuclear a los chinos, una de las obsesiones de Mao que más recursos había absorbido y seguiría absorbiendo. Mao mantuvo todavía las apariencias y el entendimiento entre los dos países pareció conservarse intacto de cara a terceros cuando los soviéticos apoyaron el ataque chino a la India en 1962<sup>30</sup>.

27. Cfr. ZUBOK, Vladislav M., *Un imperio fallido*, op. cit., 218.

28. Cfr. CHANG, Jung y HALLIDAY, Jon, *Mao. La historia desconocida*, Madrid: Altea Taurus Alfaguara, 2006, 596, sitúa la cifra en poco menos de 38 millones. VEIGA, Francisco et al., *La paz simulada*, op. cit., 154-157, cifran los muertos entre 20 y 30 millones.

29. Cfr. CHANG, Jung y HALLIDAY, Jon, *Mao*, op. cit., 565.

30. Cfr. *ibid.*, 564 y 574-575. ZUBOK, Vladislav M., *Un imperio fallido*, op. cit., 219-220.

Pero las cosas no solo no mejoraban, sino que iban a peor. Ese aparente entendimiento enmascaraba una ruptura de hecho que fue clara a partir de 1963, cuando la Unión Soviética firmó con los Estados Unidos y el Reino Unido un tratado para la prohibición de pruebas nucleares, en el que los signatarios se comprometían a no ayudar a otros a adquirir la bomba. Mao se distanció definitivamente y lanzó una campaña para acusar a Jruschov de revisionista<sup>31</sup>. No compartía el miedo a un enfrentamiento nuclear, y pensaba que una guerra de ese estilo le beneficiaría a él y a su causa, por lo que despreciaba el *pacifismo* soviético<sup>32</sup>.

La actitud crítica y distante de Mao se reforzó definitivamente cuando en octubre de 1964, durante la tercera sesión del Concilio, China realizó con éxito su primera prueba nuclear. Su actitud desafiante hacia la Unión Soviética cobró alas a partir de entonces hasta llegar al enfrentamiento armado en 1969, y eso a pesar de la mano tendida soviética a partir de 1964 tras la destitución de Jruschov. Definitivamente, el camino hacia el socialismo mundial, por seguro que fuera, no era único.

Mao, no obstante, había pasado a comienzos de los sesenta por uno de los momentos más difíciles de su mandato. La historia y las consecuencias de ese suceso tuvieron repercusiones en todo el mundo. El intenso sufrimiento de la población china durante la Gran Hambruna, al que él hizo oídos sordos, conmovió a otros dirigentes como Liu Shaoqi, el presidente de la República. Un creciente descontento, cada vez más difícil de ocultar, hizo temer a Mao maniobras en su contra. Para conjurarlas y evitar los riesgos de un congreso del partido, convocó una conferencia de funcionarios, una reunión de los que más poder tenían en el país, que se conoce como la Conferencia de los Siete Mil, celebrada en enero de 1961. Liu Shaoqi pronunció un discurso en que denunció los efectos nefastos de la política del Gran Salto Adelante que cosechó numerosas adhesiones entre los sorprendidos asistentes. Mao conjuró el peligro de su destitución gracias a su astucia y al apoyo del jefe del ejército, Lin Biao, que le defendió en un duro discurso. No obstante, Mao cambió su política, aflojó el régimen de requisiciones a los campesinos, redujo el programa de armamento –salvo el nuclear– y de ayuda exterior, y fue así como se puso por fin límite a la Gran Hambruna<sup>33</sup>.

Las consecuencias más graves llegaron unos años después. Su rencor hacia Liu Shaoqi estalló cuando se sintió de nuevo seguro, en 1965. Mao desencadenó entonces una nueva purga que con el nombre de Revolución Cultural devastó de nuevo el país y llevó a Liu Shaoqi al arresto

31. Cfr. CHANG, Jung y HALLIDAY, Jon, *Mao*, op. cit., 575-576.

32. Cfr. SERVICE, Robert, *Historia de Rusia en el siglo XX*, op. cit., 332-333. ZUBOK, Vladislav M., *Un imperio fallido*, op. cit., 218-219.

33. Cfr. CHANG, Jung y HALLIDAY, Jon, *Mao*, op. cit., 583-587.

y a la muerte en 1969. Su fallecimiento se mantuvo secreto en vida de Mao, cuyo aparato de propaganda cargó sobre su enemigo las culpas de los males que sufría el país.

De todo esto algunos tenían una visión *particular* en Occidente: ciertos sectores alternativos se declararon maoístas, y no faltaron grupos católicos en el postconcilio que entendieron el maoísmo como camino hacia una más auténtica evangelización, o como un renovador motivo de inspiración<sup>34</sup>. Si el mundo caminaba hacia el socialismo, el mundo cristiano no podía perder el tren del futuro, por la vía soviética o por la china.

## 5. MÁS ALLÁ DE LAS SUPERPOTENCIAS

Hasta aquí el repaso de los más poderosos en esos años. De los que lo eran menos cabría escribir tanto como se quisiera, pero las características de esta aportación exigen que seamos breves, en proporción a su peso efectivo en la escena mundial. Quizá basten unas pinceladas para tener una idea de las variadas circunstancias en que se encontraban unos y otros por aquellos años.

Comencemos por uno de los derrotados de la Segunda Guerra Mundial: Japón. A la altura de los años sesenta, finalizada ya la ocupación norteamericana, la economía del país crecía de forma impresionante y su capital, Tokio, se convertía en la ciudad más poblada del mundo al año siguiente de haber albergado unos juegos olímpicos y de haber inaugurado el primer tren de alta velocidad del planeta: el Shinkansen que unió Tokio con Osaka. La electricidad y luego la electrónica de consumo fueron algunos dominios económicos en los que el nuevo gigante industrial pisaba fuerte. La velocidad con que la sociedad japonesa se incorporó a la sociedad del bienestar fue impresionante. Por ejemplo, Japón fue el país en que menos tardaron en introducirse los llamados «tres tesoros eléctricos»: neveras, lavadoras y televisores. En seis años los hogares nipones que tenían nevera pasaron de ser un 10% a ser un 60% del total, Francia anduvo el mismo camino en 10 años y medio. Los hogares con lavadora dieron el mismo salto porcentual en menos de seis años en Japón, un cambio que costó 14 años en Francia. Y en cuanto a los televisores, los nipones lo hicieron en cuatro años frente a los nueve que llevó el mismo cambio en nuestro vecino<sup>35</sup>. Los años sesenta fueron su edad de oro, al menos en lo económico, con un crecimiento medio

34. Cfr. PELLETIER, Denis, *La crise catholique; religion société, politique en France (1965-1978)*, Paris: Payot, 2002.

35. Cfr. GRAVEREAU, Jacques, *Le Japon au XX<sup>e</sup> siècle*, Paris: Seuil, 1993, 357.

anual del 14% frente al 4,8% de los Estados Unidos. Fueron años en que el éxito japonés parecía confirmar la validez del modelo económico que los norteamericanos habían inducido allí<sup>36</sup>.

En Iberoamérica los sesenta fueron también de crecimiento económico general. En política la región continuó moviéndose entre la democracia, las dictaduras –Nicaragua, Paraguay y Ecuador fueron los más duraderas– y los regímenes populistas. La gran novedad de los sesenta vino de la mano de la revolución cubana, que sembró el miedo a la subversión y a un desequilibrio estratégico que condujera a expansión del comunismo en el subcontinente. El temor de las clases altas a una revolución que amenazara sus propiedades y la costumbre de los Estados Unidos de intervenir, de forma más o menos encubierta, en el resto del continente, favorecieron la proliferación y a veces el éxito de grupos golpistas. La mayor democracia del planeta consideraba que el imperio de la ley y el orden, incluso por métodos nada democráticos, era mejor que el desordenado camino de la conquista de las libertades, mucho más incierto. Las intervenciones de la CIA en la política americana de esos años fueron frecuentes y muchas veces decisivas<sup>37</sup>. La mezcla de sensación de injusticia e imposición basada en el uso de la riqueza y la fuerza de los poderosos, contribuyó a crear un ambiente de opresiva injusticia disfrazada de orden legal que fue caldo de cultivo de movimientos revolucionarios. Es posible, pues, que a medio plazo se consiguiera justamente el efecto político opuesto al pretendido.

Con todo, si hubiera que elegir un símbolo de los cambios de los primeros sesenta, podría servir el caso de Brasil, donde el presidente Juscelino Kubitschek, etiquetado como socialdemócrata, ejerció un mandato populista que consiguió importantes logros económicos. Bajo su gobierno se construyó la ciudad de Brasilia, creada *ex novo* para ser la capital del país. Simbolizaba un tiempo en que la capacidad industrial y el poder de decisión de los Gobiernos eran capaces de rehacerlo todo, de conquistar un futuro limpio, flamantemente funcional e impresionante. Toda una metáfora de la idea de la ingeniería social, aunque en términos bienintencionados y no totalitarios. La ciudad fue inaugurada en 1960 con el traslado allí del Gobierno, pero no ha pasado de ser una rareza que pocas personas eligen como lugar de residencia por iniciativa propia<sup>38</sup>.

Para el mundo del islam vale la pena mencionar dos casos: primero Argelia, que alcanzó la independencia en medio de un proceso traumá-

36. Cfr. *ibíd.*, 384-389.

37. Cfr. WEINER, Tim, *Legado de cenizas. La historia de la CIA*, Barcelona: Debate, 2008, 294-296.

38. Cfr. DANTAS, Fagner, «Brasilia: la utopía desfigurada», en *Urbano* 10 (vol. 7), noviembre 2004, 50-60



tico que costó sangre y lágrimas en el nuevo país y en su exmetrópoli, Francia. Para muchos franceses, especialmente en los sectores de izquierda, pero también en la derecha, Argelia era la prueba de la capacidad civilizadora de la República, de la compatibilidad con el islam de su proyecto laico de desarrollo, al otro lado del Mediterráneo. Porque Argelia era Francia, no una colonia. El fracaso del proyecto supuso un doloroso desmentido y conllevó un desgarró cuyas cicatrices son todavía visibles y sensibles a comienzos del siglo XXI. La tendencia socialista de su Frente de Liberación Nacional, apoyado por los grandes del socialismo, que parecía augurar una nueva vía de desarrollo una vez independiente no consiguió llevar a buen puerto las altas expectativas<sup>39</sup>.

En segundo lugar, Irán. Allí, una revuelta palaciega promovida por la CIA puso en el poder al sah Rezah Pahlevi en 1953, con el fin de recuperar los privilegios anglo-norteamericanos en el control del petróleo del país, recientemente nacionalizado. En la manifestación que desencadenó la deposición del primer ministro anterior, Mohammad Mossadeq, instigada por la agencia de inteligencia americana, participaron algunos líderes religiosos, entre otros un ayatollá llamado Ruhollah Musavi Jomeini. Los Estados Unidos tuvieron en el Irán del sah su más estrecho aliado en la región a partir de entonces, y el régimen, con altos niveles de corrupción, emprendió una tarea de occidentalización del país.

Una década más tarde, en 1962, Jomeini desencadenó una campaña contra algunas de las medidas de la llamada revolución blanca del sah, especialmente contra el sufragio femenino y la posibilidad de elección de candidatos no musulmanes en las elecciones. Fue el comienzo de una carrera política con porvenir. En 1963 Jomeini fue detenido por su activismo, cada vez más radicalmente contrario a la política del sah, especialmente en relación con los Estados Unidos e Israel. Su caso fue motivo de manifestaciones y revueltas de protesta que consiguieron su liberación. Pero Jomeini retomó y amplió las críticas, de modo que un año más tarde fue desterrado a Turquía. Cuando volviera quince años más tarde lideraría una revolución que hizo del islamismo su bandera<sup>40</sup>.

Para África, en particular para la subsahariana, los años sesenta, especialmente los primeros, hasta 1963, fueron por antonomasia los del

39. Cfr. DROZ, Bernard y ROWLEY, Anthony, *Histoire générale du XX<sup>e</sup> siècle*, op. cit., 249-258. LACOUTOURE, Jean, *De Gaulle*, t. 3. *Le souverain*, Paris: Seuil, 1986, 106-286.

40. Cfr. MOIN, Baqer, *Khomeini: life of the Ayatollah*, London: Tauris, 1999, 74-128. AXWORTHY, Michael, *Irán: una historia desde Zoroastro hasta hoy*, Barcelona: Turner, 2010, 284-286. La cuestión de conceder el voto a las mujeres había sido motivo de choque entre los clérigos islamistas y Mossadeq antes de su deposición: KAZEMZADEH, Masoud, M., *Islamic fundamentalism, feminism, and gender inequality in iran under Khomeini*, Lanham (Maryland, USA): University Press of America, 2002, 16-17.

acceso a la independencia. Por desgracia, fueron también un tiempo de golpes de Estado, violencia y guerras. La incongruencia de las fronteras diseñadas para los nuevos países con respecto a las diferencias raciales, geográficas, culturales o religiosas, dio lugar a graves enfrentamientos que a veces se convirtieron en sangrientas guerras civiles. Quizá las dos más conocidas fueron las que se vivieron en el Congo a comienzos de los sesenta, y la que estalló en 1967 en Nigeria, conocida como guerra de Biafra.

Para dar una idea de la complejidad de lo que se vivió en el continente africano en aquellos años, vale la pena recordar un episodio vivido a orillas del lago Tanganica, en 1965, cuando las guerras civiles del Congo caminaban hacia su final con el triunfo de Joseph-Desirée Mobutu. Un combate en las costas del lago apenas si sorprende a nadie, pero puede que sí lo haga el conocimiento de que enfrentó a tropas rebeldes africanas apoyadas por tropas cubanas, lideradas por Ernesto *Che* Guevara, que se enfrentaron a tropas organizadas por la CIA, mercenarios muchos de ellos. Desde el punto de vista norteamericano la operación fue un éxito. Para el Che, un fracaso, y para los soviéticos, un alivio. Para los africanos un capítulo más de la lucha interpuesta que libraban por controlar su tierra los grandes del mundo<sup>41</sup>.

## 6. CONCLUSIONES

Como todo tiempo, el del Concilio presentaba luces y sombras. Pero si hubiera que resaltar alguna característica particular de aquellos años, pienso que se podría resumir en la idea de que, a pesar de las sombras, muchos pensaban estar construyendo un mundo nuevo. La sensación de vivir en un mundo joven y renovado empapa todo el acontecer y está en la base de muchos de los proyectos que hemos evocado. Hasta el viejo continente, hacía bien poco destrozado por la guerra, se quería reconstruir con un sentido de novedad de proyecto y ejecución que ilusionaba a muchos europeos. Se vivían los llamados treinta años gloriosos, como se conoció a los que siguieron a la Segunda Guerra Mundial.

Ciertamente, era también un mundo violento, incluso muy violento en algunos aspectos, pero también altamente esperanzado y convencido de que podía alcanzar lo que nunca antes había logrado. Esa era, en buena medida, la justificación aducida para el uso de la violencia.

41. Cfr. WEINER, Tim, *Legado de cenizas*, op. cit., 296. GLEIJESES, Piero. *Conflicting missions: Havana, Washington, and Africa, 1959-1976*. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2002.

Los norteamericanos, que llevaban apenas dos décadas trabajando en su proyecto mundial, liderados por lo que ya se conocía popularmente como presidencia imperial, vivían con expectativas de éxito tan altas que durante la presidencia de Kennedy los periodistas se referían a la Casa Blanca como Camelot. La dureza del poder político aparecía envuelta en un halo de *glamour* en la que hasta el culto tecnológico más pragmático aparecía como un Merlín más benévolo que terrible. En el otro polo del poder planetario la revolución mundial abría un nuevo y prometedor camino a la libertad, garantizado por sus logros tecnológicos y sociales desde Moscú... o desde Pekín. Alrededor, a medida que desaparecían los viejos imperios, los nuevos países conquistaban la libertad y con ella creían ganar su futuro. Todo parecía mirar hacia delante.

Los hombres habían conseguido incluso salir del planeta con sus artefactos, volar no solo en la atmósfera, sino en el espacio exterior. Ya se podía alcanzar la Luna mediante cohete interpuesto. Y lo que era mejor para muchos más habitantes del planeta, la tecnología había traído a sus casas esas joyas democráticas llamadas electrodomésticos que tanto facilitaban y cambiaban la vida.

Por si eso fuera poco, las nuevas tendencias contraculturales y políticas aseguraban que abrirían el camino hacia el final de todos los problemas, ya fueran la pobreza, la discriminación racial, cualquier desigualdad o la molesta sensación de que el placer debiera estar limitado. La operación para desterrar el mal del mundo parecía entrar en sus últimas fases si se creía a sus profetas. Además, la vida feliz que se prometía auguraba también un aumento de las ventas con lo que el mundo del comercio no podía dejar de aplaudir la operación, desde las casas discográficas a los fabricantes de ropa o de automóviles.

Un mundo mejor parecía al alcance de la mano, especialmente para los que no se conformasen con otro peor y caduco del que era necesario desprenderse. Solo parecía cuestión de desearlo con suficiente intensidad, y ciertamente entusiasmo no faltó ni en los deseos ni en los medios para intentar alcanzarlo.